



**MI DÉCADA
EXTRAORDINARIA
1938-1948**

**MÁS
ALLÁ
DE LAS
FRONTERAS**

EUROPA - ÁFRICA - AMÉRICA

Rudi Haymann

 **Planeta**

**MI DÉCADA
EXTRAORDINARIA
1938-1948**

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

EUROPA - ÁFRICA - AMÉRICA

Rudi Haymann

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Rudolf Haymann

Derechos exclusivos de edición

© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia,
Santiago de Chile

Diseño: Isabel de la Fuente

Fotografías portada e interior: © Familia

Haymann © Deutsches Bundesarchiv

©Zoltan Kluger en National Photo

Collection of Israel ©Memoria Chilena

©British Imperial War Museum © The US

National Archives and records administration

© Shutterstock © Alamy Stock Photo

1ª edición: diciembre de 2019

Inscripción N°: 146 635

ISBN: 978-956-360-691-1

Impreso en: Salesianos Impresores S.A.

*¿Dónde van a desaguar los ríos de la memoria?
La memoria es un don maravilloso y voluble.
Archiva lo pasado, tiñe y se tiñe de la mirada presente.
Recojo mi memoria, crónicas de un tiempo en que migré por la vida y el mundo;
década de cambios, dolores, conquistas y asombros.*

EN MEMORIA DE MI HIJO GUIDO



PRIMERA PARTE

LA ROCA



Patrimonio

“Lo heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo”

GOETHE, FAUSTO

A medio camino de la pequeña ciudad de Ratibor, en un claro entre bosques de pino y suaves lomajes, había una posada construida por mi bisabuelo alrededor del año 1845. Allí se detenían las diligencias para el almuerzo y descanso de los viajeros. También cambiaban la yunta de los caballos cansados por otros con energía renovada. Don Salomón Haymann era un hombre trabajador y con proyectos para lograr un futuro mejor. Inscribió a su hijo Salo en la escuela superior para estudiar ingeniería, pero apenas este inició sus estudios, estalló la guerra de 1870. Salo se enlistó como voluntario con Otto von Bismarck, quien forjó la unificación de Alemania, incorporando la provincia de Alta Silesia, entre muchos otros reinos, al *Deutsche Reich*. Afortunadamente Salo regresó sano y salvo, terminó sus estudios e inició su primera empresa: una fábrica de algodón medicinal. Pleno de proyectos y energía, creó una segunda empresa, una fábrica de cajas de cartón. Se casó con Emma Siedner, una joven judía de la misma ciudad, y repitió la historia de su padre, enviando a sus hijos a buenas escuelas, como era característico de la clase media alemana. Sus hijos, Fritz y Ludwig, apenas terminados sus estudios se enrolaron en las

filas del ejército alemán, ya que había estallado otra guerra, *Weltkrieg*, la Primera Guerra Mundial. Al parecer, a cada generación le corresponde su conflicto bélico.

Regresaron los hermanos Haymann condecorados, e iniciaron sus profesiones. Fritz como arquitecto, y Ludwig, mi padre, como químico farmacéutico. No quisieron vivir en Ratibor, ciudad provincial, y decidieron establecerse en Berlín, capital no solo de Alemania, sino también de la deslumbrante renovación técnica y cultural de la Europa de aquellos años.

Mi tío Fritz se incorporó al movimiento líder de diseño en Berlín, la *Bauhaus*, y ascendió a arquitecto jefe del Banco Central de Alemania. Se casó con Berta Bartenstein, hija de una familia judía de Ratibor. Berta lo había esperado durante los años de guerra, y aceptó casarse con él a pesar de que regresó con una pierna menos, perdida al pisar una mina durante la campaña rusa.

Ludwig, mi padre, se hizo cargo de una importante farmacia en el centro de Berlín, la *Stein Apotheke*. Se casó con la joven Charlotte, de familia germana protestante de clase media baja. Ella se convirtió al judaísmo y se incorporó a esta pequeña familia consolidada.

Dos nombres me dieron mis padres al nacer: Rudolf y Salo. Rudolf era expresión de su fervor patriótico, aludiendo a Rudolf von Habsburg, heredero del trono de una Alemania firme y poderosa. Salo, abreviación de Salomón, era el nombre de mi abuelo fallecido y se insertaba en la tradición judaica: heredando un nombre se vive 120 años, porque junto con el nombre se perpetúa la memoria, y esta, es la prolongación de la vida. Gracias a esta tradición, el nombre Salomón se repite una y otra vez en la familia.



Mi padre, Vati, 1912



Mi madre, Mutti, 1912

Nuestra vida sufrió los vaivenes de los años de posguerra, y lentamente comenzó el desmoronamiento de una familia prusiana de clase media judía en Berlín. Los años veinte fueron difíciles e inestables, una transición dolorosa desde una monarquía a una incipiente democracia en un país derrotado en la “Gran guerra”. A partir de la asunción de Hitler al poder en 1933, se consolidó en Alemania la política nazi antijudía, que trajo el progresivo despojo de sus bienes, profesiones, derechos, y finalmente su dignidad humana. La situación se hizo insostenible. Los que pudieron y alcanzaron, emigraron. Así lo hizo parte de mi familia: mis padres y mi hermana escaparon a un desconocido y remoto Chile en 1939. Yo emigré a Palestina en 1938 y más tarde me uní al ejército británico, pasando la guerra en África y Europa. Una década más tarde, ya finalizada la guerra, en 1948 viajé a reunirme con mi familia.

Reflexionando sobre esta historia, observo una constante a través de las generaciones, desde 1795 en Ratibor, hasta la generación de mis nietos: ser trabajadores, perseverantes y modestos. Es nuestra herencia. Así, decido el nombre de este capítulo: **“Patrimonio”**.

Berlín

Alemania, 1930-38

“Quién es judío o no, lo decido yo”

OFICIAL DE LA SCHUTZSTAFFEL (SS)

Mi primer día de colegio. Era costumbre en Alemania que los padres esperaran a sus hijos a la salida con una *Schultüte*, un gran cono de cartón colorido y lleno de dulces. Encontré decepcionantemente pequeña la que me entregó mi mamá, pero en el camino a casa me esperaban las vendedoras de la fiambrería de la esquina, sosteniendo una enorme *Schultüte*, que me entregaron entre abrazos y buenos deseos. Así, el día se convirtió en un hito precioso de mi niñez.

Vivíamos en la plaza *Eycke von Repkowplatz*, en el barrio Hansa, bello y apacible. Había cerca de mi casa un gran sitio eriazo donde los niños podíamos jugar al fútbol, andar en monopatines y jugar a los indios. Estaba estrictamente prohibido pisar los prados de la plaza, que debían servir solamente para el goce de la mirada, según los principios prusianos.

A la edad de diez años mi padre me matriculó en el *Oberstädtisches Realgymnasium*, en el centro de Berlín. Era una escuela prestigiosa y famosa por su currículum humanístico, que incluía tres idiomas obligatorios y un cuarto optativo: latín, francés, inglés y griego, en ese orden. Aunque

optáramos después a una carrera técnica, no podíamos ser hombres de poca cultura. Así habían sido educados mi abuelo y mi padre, y así debía continuar en las generaciones futuras.

Aprendíamos muchísimo, no solo por el currículum, sino por la férrea disciplina prusiana que era parte de la tradición y el plan de estudios; la menor ofensa era castigada. Por bostezar sin cubrir la boca con la mano, se recibía un castigo leve: escribir cien veces en el cuaderno “Bostezar sin cubrir la boca es falta de cultura”. Lo odiábamos. Pero había ofensas más graves: copiar en los exámenes o llevar papeillos con la información para mirarlos a escondidas. Los sorprendidos en estas acciones eran citados al escritorio del profesor y debían levantar la mano a la altura del cinturón. Aparecía la varilla, cuatro golpes secos sobre los dedos. ¡Por Dios que dolía! Los cuatro dedos se hinchaban, enrojecían, ardían y quedaban inutilizables por varias horas. Pero todos sabíamos una técnica: poner la mano izquierda dos centímetros más arriba que la derecha, y así, la izquierda recibía el golpe. Esto era importante para hacer los deberes por la tarde, o se arriesgaba otro castigo al día siguiente. Pero todo esto no mermaba nuestra felicidad y alegría juvenil. Era parte de las reglas del juego. Por la noche mi padre notaba los dedos marcados, inquiría el motivo y su respectivo castigo, y decía: “Tiempos relajados son estos; en mi época todo era más estricto”.

Es grata la memoria que tengo de la vida familiar de mis años de niñez. Recuerdo especialmente el *Herrenzimmer*, la habitación más importante y acogedora de nuestra casa, que era sala de estar y biblioteca. Allí estaban el sillón sitio y el escritorio, donde se sentaba mi padre a leer sus libros preferidos de historia, biografías de personajes o

revistas profesionales, fumando su pipa. Mi madre leía “revistas del corazón” y hacía trabajos de macramé. Cariñosa y comprensiva, siempre me apoyaba en las situaciones adversas y me consolaba con chocolatinas para compensar los castigos escolares.

Los fines de semana salíamos de paseo a los lagos y bosques que rodeaban Berlín. Para vacaciones íbamos a las montañas de Checoslovaquia. Yo gozaba los paisajes maravillosos y las excursiones con mi padre. Mis recuerdos de esos años no pueden ser mejores.

Pero cuando cumplí once años, todo comenzó a cambiar. Por más de cuatro años, Alemania había estado sufriendo profundamente los efectos de la gran depresión. La nueva democracia era demasiado débil e incapaz de resolver la emergencia económica y la gran desocupación. La población se desesperaba cada vez más y perdía la fe. Se polarizaron las alternativas políticas. Si bien Hitler llegó al gobierno elegido por mayoría, en dos meses transformó su cargo en poder absoluto, se retiró de la Liga de las Naciones, inició una carrera armamentista, y arremetió contra los judíos calificándolos como la raíz del mal que aquejaba a Alemania. Preparó a la población para una nueva guerra y un antisemitismo virulento. Dictó leyes que aislaban a los judíos, y que quedaron especialmente marcadas en mi memoria y transformaron mi vida de adolescente.

Cuando yo tenía doce años el bar en la esquina de la plaza se transformó en cuartel del Partido Nazi. Allí se formaban cuadrillas de uniformados que marchaban con sus uniformes negros o pardos, sus botas militares y esvásticas, mientras cantaban: “Seguiremos marchando, aunque todo se desmorone; hoy somos dueños de Alemania, mañana del

DEUTSCHES REICH

Gebühr 3,- RM

Geb.-Buch Nr. 54087



12.10.38

REISEPASS

Nr. 1/2849/38

NAME DES PASSINHABERS

Rudolf Haymann

~~BEGLEITET VON SEINER EHEFRAU~~

~~UND VON KINDERN~~

STAATSANGEHÖRIGKEIT:

DEUTSCHES REICH

mundo entero”. Y regresaban cantando: “Cuando la sangre judía chorrea de los cuchillos, las cosas van mucho mejor”.

Yo tenía trece años cuando llegaron obreros municipales a pintar un escaño de la plaza de color amarillo. Desde ese momento, ese fue el único lugar permitido a los judíos en ese espacio público. De un momento a otro, los niños de mi vecindario ya no querían jugar conmigo.

Cuando tenía catorce años quitaron los títulos profesionales a los académicos y profesionales judíos. Mi padre, de químico farmacéutico, fue reducido a vendedor. Mi tío Fritz, de arquitecto, a dibujante. El tío Fridolin, de concertista en la orquesta estatal, a nada, porque no había ocupación para un músico judío. Se iniciaba así el trayecto al deterioro económico y a la pobreza.

A los quince años me expulsaron de la escuela. Ya ningún judío podía estudiar en colegios estatales. Ingresé a uno nuevo que formó nuestra comunidad, en el cual todos los alumnos eran judíos, así como los profesores, quienes también habían sido expulsados de los establecimientos estatales para no “envenenar las mentes de los niños arios”. Me sentía mejor en este colegio, pues ya no debía escuchar más las ofensas de “judío desgraciado”, “traidor a la patria”, u otras.

Luego comenzaron las ausencias. Un día Daniel no llegó al colegio. Cuando fuimos a su casa a averiguar qué sucedía, no había nadie; su familia había escapado sigilosamente durante el fin de semana. Las ausencias comenzaron a repetirse, el número de alumnos disminuyó rápidamente.

Un lunes Gabriela estuvo ausente; regresó días después, pero no era la misma chica buenamoza y deportista de la cual todos estábamos enamorados. Estaba encorvada, sus ojos hundidos y su piel color ceniza. De madrugada, había

llegado la patrulla de la Gestapo (la policía secreta nazi) para llevarse a su padre. Así era para nosotros. Si tocaban el timbre de casa a las cinco de la madrugada, no sabíamos si era el lechero o la Gestapo en su operación *N+N - Nacht und Nebel* “Noche y Niebla” cazando judíos.

En ese tiempo yo estaba en busca de mi identidad. Cada joven necesita una identidad, y la opción de mi padre y mis antepasados —ser un buen y orgulloso alemán— ya no existía. Éramos ahora judíos perseguidos. Había también otros perseguidos: los comunistas y socialistas. Tenían mi simpatía, ya que eran injusta y alevosamente hostigados como nosotros. Pero yo necesitaba mis propios ideales. Los encontré en el movimiento kibutziano, que combinaba el judaísmo con el sueño socialista.

Tenía dieciséis años cuando me citaron a la policía. “Tu nombre figura en una lista de individuos peligrosos para la seguridad del *Reich*”, me anunció el sargento. “Desde ahora estarás bajo vigilancia policial, y tendrás que presentarte tres veces al día aquí, a la policía: por la mañana camino al colegio, por la tarde al regresar y por la noche, hasta que tengas una visa válida para salir del país”.

Estaba siendo expulsado de Alemania, el país donde había nacido, y antes de mí, mis padres y mis abuelos.

¿Qué hacer? “¡Saca a tu hijo lo antes posible!”, le dijeron a mi padre. “¿Desprenderme de mi hijo colegial y enviarlo a un mundo desconocido? ¡Demasiado doloroso!”, respondió él. “¡Mejor una solución dolorosa que desastrosa!”, insistió mi madre.

Había organizaciones humanitarias angloamericanas que llevaban a niños en riesgo a Inglaterra y Canadá. “Pero yo no quiero ir allá; no quiero ser un niño refugiado, allegado a una institución de beneficencia o una familia piadosa”.

“¿Cómo y adónde, entonces?”. “Quiero ir a Palestina, quiero ser un pionero, formar un kibutz”. “¡Pero eso es duro y peligroso!”, se atemorizó mi padre. “Lo es, pero es vida digna”, le dije yo.

Finalmente, mi padre aceptó; no había otras opciones. Me presenté en la Federación Sionista y comencé a prepararme para la emigración hasta que recibí el aviso que tanto esperaba: “El 24 de octubre por la noche partirás en tren a la frontera italiana. Trae tu pasaporte, una mochila y un bolso que tú mismo puedas cargar en todo momento. Ese será todo tu equipaje”.

Dos semanas antes de mi partida, se presentó en mi casa un hombre de la Gestapo. “Quiero tu pasaporte”, dijo. Yo sabía que, si lo entregaba, todo estaría perdido. Me arriesgué y le mentí: “El pasaporte está en el consulado italiano para su visado”. En realidad, estaba en un cajón del escritorio de mi padre. Si el hombre daba cinco pasos, lo descubriría. Pero no se molestó en revisar y me indicó que debía presentarlo en tres días. Para entonces, yo ya había conseguido mi certificado de salida del país.

Aún estaba a salvo.



SEGUNDA PARTE

NUEVOS HORIZONTES



BERLÍN

TRIESTE

HAIFA

Despedida

Berlín, 1938

*“Solo podrás nadar hacia nuevos horizontes
cuando tengas el coraje de perder de vista la costa”.*

LA MANSIÓN, WILLIAM FAULKNER

Es el 24 de octubre de 1938. Por la mañana me despido de mis tíos y mi abuelita Omi. Desconsolada, la Omi, porque sabe que esta despedida de su único nieto varón es la última, la definitiva. Dije adiós a mis amigos y di el último beso a mi compañera.

El tren partió a las 20:30 desde *Anhalter Bahnhof*, la estación de trenes de Berlín. Éramos 150 *jalutzim* (pioneros) a bordo, todos entre quince y diecisiete años. Cientos de familiares vinieron a despedirnos en el andén. No sabía lo que significa para un padre despedir a un hijo, y menos aún, en esas circunstancias. Años más tarde, aprendí a través de mi propia experiencia cuánto duele.

Miré por la ventana del tren en que partía. Las manos de mi padre, madre y hermana se hicieron cada vez más pequeñas; se confundieron con los cientos de brazos alzados, y luego se difuminaron tras las luces del andén, hasta que no quedó sino una mancha de luz. El tren trazó una leve curva y todo desapareció en la oscuridad.

Regresamos a nuestros asientos en silencio, abrumados por la despedida.

Pero al instante, alguien comenzó a entonar “*Artza Alinu*” (“A la tierra vamos”) y todos nos integramos al canto. Habían pasado solo unos minutos, pero ya quedaba atrás el oscurantismo que dominaba nuestra vida en Berlín, y comenzaba una nueva: la *Aliyah* (inmigración).

Fue largo el viaje en tren hasta la frontera italiana. A nuestro paso por Austria —recientemente anexada por Hitler—, vimos carteles y guirnaldas dando la bienvenida al ejército alemán. Rostros sonrientes ante el tren se transformaron en secos y duros al darse cuenta de que trataban con judíos. La revisión en la frontera fue simple; nuestro equipaje era mínimo y nuestros pasaportes vencían en pocos minutos, pues habían sido otorgados solo para la salida definitiva de Alemania. Lo único que interesaba a los funcionarios era descubrir si alguien llevaba más de diez marcos, una cantidad que apenas alcanzaba para comer por una semana, pues con ello caía en la categoría de traficante de divisas.

Diferente fue el trayecto por territorio italiano; gente amable, sonriente y compasiva. En el puerto de Trieste nos llevaron a un campamento donde nos reunimos con jóvenes que llegaban desde otros puntos de Alemania. Desde Trieste envié una postal a mis padres: “Llegué bien, saludos, Rudi”. Cuatro palabras que significaban que todo funcionó, que sobreviví, que seguiré. Ellos me habían visto partir, pero no tenían ninguna seguridad de que arribaría a mi destino.

Al día siguiente, cuatrocientos jóvenes abordamos el barco *Gerusalemme* con destino a Palestina. Atrás quedaron las pesadillas de Berlín y la tristeza de la despedida. Éramos jóvenes y mirábamos solo hacia delante, a un futuro nuevo y excitante. Sabía yo que iba al kibutz, a una dura

vida de pionero, una vida nueva, llena de aventuras y desafíos, completamente diferente a lo conocido hasta entonces. Éramos todos voluntarios, llenos de esperanzas, ilusiones y expectativas.

Pocas horas pasé abajo en la cabina del barco; viajé siempre en cubierta, junto al grupo de *javerim* (compañeros), todos jóvenes como yo. Durante el trayecto nos preparamos para la nueva vida: estudiamos hebreo, sionismo y socialismo; afirmamos nuestras convicciones, cantamos y bailamos. Divisamos Grecia, Creta y Chipre desde lejos. Nombres exóticos, pero no nos impresionaron en demasía, ya que solo teníamos un objetivo: *Eretz Israel* (tierra de Israel) y la *Aliyah*. Nuestras conversaciones, pensamientos y canciones, giraban alrededor de ello. La nueva canción que aprendimos a bordo y que tanto nos gustaba, se llamaba “*U ma ijpat li*” - “No importa, hermano, subiste a esta embarcación, sabes tu camino, y lo recorrerás como pionero”. Nos identificamos con ella.

Nadie durmió durante la quinta noche. Amanecemos en cubierta escrutando el horizonte para ver las primeras luces del puerto de Haifa y *Eretz Israel*. El barco no atracó en un muelle, sino que desembarcamos por medio de botes y lanchas. ¡Qué romántico y emocionante! Gritos, ruidos, colores y olores nuevos y extraños, que aumentaban mi curiosidad, mi entusiasmo, y el fervor de ser parte de todo.

Los trámites legales de la administración británica fueron simples. En pocas horas nos encontramos ya fuera de los edificios de la Dirección Marítima, en una plaza amplia, con muchísima actividad y ajetreo: árabes con *kefiye* (turbante) y bombachos; jóvenes judíos atléticos en shorts y rostros bronceados por el sol; policías británicos uniformados, de mirada fija e inmutable; gritos en hebreo, árabe e inglés;

multitudes cargadas de enormes cajas y bolsas; animales y vehículos, todo con gran algarabía y un desorden aparente: una escena de Las mil y una noches.

Habíamos llegado, por fin.

Escuchamos llamados: “¡*Shalom, shalom!*! Aquí estamos para llevarlos a los *kibutzim* que los esperan”. Quince buses rurales nos aguardaban estacionados, cada uno con su chofer y ayudante. Abordamos con nuestras mochilas y partimos en dos caravanas, una hacia el sur y otra —en la que iba yo— hacia el norte, por un camino serpenteante a través de la Baja Galilea. Cada cierto tiempo, en medio de los cerros rocosos y vacíos, se detenía el convoy y un bus se separaba de la columna para tomar un sendero lateral. Los demás gritábamos “¡*Shalom, shalom!*”, hasta que el vehículo se perdía de vista.

Después de dos horas y media de viaje, solo quedaban dos vehículos. El conductor hizo una pausa y nos invitó a bajar un momento a apreciar el paisaje. Habíamos llegado al final de la Galilea. Desde lo alto de una cornisa se abría frente a nosotros una fuerte pendiente, y seiscientos metros más abajo, se extendía el magnífico valle del Jordán. Era difícil de creer: un extenso valle verde, que contrastaba con el árido paisaje de cerros secos, rocas, soledad y abandono que habíamos visto durante todo el trayecto. Y allí abajo, en medio del verdor oscuro e intenso, había incrustada una gran mancha de agua, el lago *Kineret*. Sus aguas lucían tres colores: por el lado nuestro, verde, reflejando el intenso color del valle; al centro, celeste, como el cielo; y en la orilla oriente, color sepia, reflejando el color del desierto de Arabia y de las alturas del Golán. No podía quitar los ojos de este paisaje, porque sabía que, en algún lugar de este maravilloso valle, estaría mi kibutz.

Tres nombres tiene el lago: *Tiberíades*, nombre que le dieron los romanos en honor a César Tiberio, cuando establecieron allí su plaza fuerte; *Mar de Galilea*, el nombre cristiano del lago en torno al cual predicó Jesús, oriundo de Nazaret. Pero antes de todo ello, en el año 1000 a. C., cuando David fue coronado rey de Israel, recorrió su reino para conocerlo, y llegando a este mismo lugar, sintió la misma fascinación y exclamó: “Esta maravilla tiene la forma de mi laúd”. Desde entonces y durante tres mil años, nosotros lo llamamos *Yam Kinneret*, el lago del laúd.

Mientras gozábamos la vista al valle, un camión se estacionó junto a nosotros, y descendieron seis hombres que cubrieron el frente de nuestros buses con planchas de acero, como carros armados, dejando solo dos angostas ranuras en el parabrisas. Nuestro chofer tenía ahora una pistola colgada al pecho y, su ayudante, una carabina. Dos de los recién llegados subieron al techo de nuestro bus y se parapetaron entre el equipaje. Nos hicieron tomar las mochilas, ponerlas sobre los asientos junto a la ventana, y sentarnos en el asiento del corredor y en el corredor mismo. Así nuestra pequeña caravana se puso en marcha, liderada por el camión con los *shomrim* (guardias) y seguida por los buses reforzados. La seguridad era en aquel tiempo un desafío constante. La bajada al valle era lugar de frecuentes emboscadas y más valía estar preparados. Era un camino de gran pendiente, con muchas curvas muy cerradas. A mitad de camino, un letrero indicaba “Nivel del mar”. Desde allí seguimos bajando al valle situado 220 metros bajo el límite marcado. Después de un corto trayecto, y ya en terreno plano, nos detuvimos nuevamente y se desarmaron todos los elementos de seguridad. Habíamos pasado el tramo de peligro. Retornamos a los asientos y llegamos a los campos de nuestro nuevo kibutz.

Vimos a jóvenes de nuestra edad trabajando en los campos, sumergidos hasta más arriba de los tobillos en el agua. Aprendimos que todo el valle era un gran pantano y que debíamos desaguarlo para poder desarrollar la agricultura. Los jóvenes pioneros trabajaban en secar el pantano y crear suelo cultivable, lo que se llamaba “Redención de la tierra”. Y todos vestían pantalones y mangas largas a pesar del intenso calor, para evitar la picadura de los mosquitos que no dejaban de pulular.

Este sería nuestro nuevo hogar. Una tierra de contrastes: una vasta extensión desértica y falta de agua allá arriba; y un enorme pantano húmedo aquí abajo.

Este desafío era ahora nuestra tarea.